

El último viaje a Vigàta

Altamarea publica el cuarto y último volumen de los relatos breves que Andrea Camilleri situó en ese pueblo siciliano donde el disparate es norma y, la lógica, excepción

No se moleste en intentar encontrar Vigàta en un mapa de Sicilia. Sencillamente, no existe. Pero sí puede viajar hasta allí: basta con abrir cualquiera de los volúmenes de *Historias de Vigàta*, publicados por Altamarea Ediciones. Con esta cuarta entrega, la editorial propone un último viaje a este microcosmos creado por el célebre Andrea Camilleri. Un lugar donde el disparate es norma y, la lógica, excepción.

Andrea Camilleri (1925-2019) fue un creador multidisciplinar que trabajó como guionista y director de cine, teatro y televisión antes de consolidarse como una de las figuras más aclamadas de las letras italianas. La consagración le llegó con *La forma del agua*, que supuso la puesta de largo del personaje que acabaría trascendiendo idiomas y fronteras: el comisario Salvo Montalbano.

Sin embargo, el genio de Camilleri no se agota con las pesquisas de Montalbano. Por su obra también pulula una galería de personajes tan histriónicos como entrañables que, sin pedir nunca permiso, traspasan la frontera de la hipérbola. Hablamos de los demás vecinos de Vigàta, incrustados en la Sicilia



Andrea Camilleri nos traslada a Vigàta, lugar que sirve de salvoconducto para la crítica social

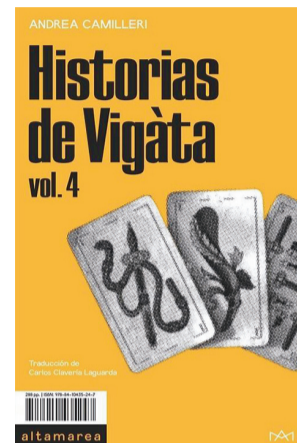
de principios de siglo, una isla anclada a las supercherías que se ahoga en su propia miseria.

Estos personajes habitan un lugar donde lo grotesco se despliega sin concesiones. Por ejemplo, un comentario socarrón sobre la entonces reina de Italia, Elena de Montenegro,

desata una cadena de duelos que convierte el honor en una epidemia. Lo que empieza como una afrenta personal termina contagiando a medio pueblo, arrastrado por una lógica tan absurda como implacable.

En otro de los relatos, la súbita muerte de un joven y la desola-

ción de su viuda desvelan un carnaval de pasiones donde el luto y el recato conviven con los deseos más urgentes y reales de la carne. La moral pública se revela como una farsa. Y nada de esto es simple arquitectura humorística. Vigàta es, sobre todo, un salvoconducto para la crítica



social: el territorio donde Andrea Camilleri retrata una comunidad corrupta e ineficiente, atravesada por la pobreza estructural y la migración, y sometida a una moral por la que nadie, nunca, se sacrifica de verdad.

Con *Historias de Vigàta* Camilleri consiguió algo más que popularidad. Se convirtió en una suerte de Boccaccio contemporáneo, porque, como el florentino en el siglo XIV, el siciliano hizo de la sátira y la picardía una fusta para azotar a los hipócritas de su tiempo. Además, nos recuerda que la risa casi nunca es inocente.

Alejandro López

Wisconsin está en Zaragoza y Madonna es maña

La cineasta Natalia Moreno debuta en la literatura con una novela áspera, atravesada por destellos autobiográficos, en la que una mujer revisita a la niña que fue para ajustar cuentas con su propio presente

Madonna no nació en Michigan, sino en Wisconsin. Pero este Wisconsin no está en Estados Unidos, sino en la provincia de Zaragoza. Es un pueblo de asfalto que ha crecido al calor del desarrollismo con bloques compactos de fachadas casi idénticas. Ahí arranca la primera novela de la cineasta Natalia Moreno, *Madonna no nació en Wisconsin* (Galaxia Gutenberg, 2026). Reconocida con premios como el Goya y el Forqué, la directora debuta en la literatura con un relato crudo

y visceral, centrado en una mujer que revisita a la niña que fue para ajustar cuentas con su propio presente.

Desde hace años, ciertos círculos señalan que la literatura del yo es una fórmula agotada. En 2022, el escritor Iban Zaldúa publicó un manifiesto que advertía de los riesgos de una autoficción que, decía, corre el peligro de arrinconar a la ficción pura como vía para hacer literatura. Sin embargo, el auge de la novela autorreferencial no ha retrocedido un ápice. He ahí lo último

de Marta Jiménez Serrano (*Oxígeno*) y lo primero de Natalia Moreno.

La directora y guionista asume esa fórmula con una novela de destellos autobiográficos que, por momentos, roza lo magistral. A través de un lenguaje tan bello como crudo y visceral, propone una historia narrada en primera persona, ubicada en la década de los 90 y protagonizada por una niña de once años: una particular Madonna que, en realidad, tiene nombre de santa española.

Ésta crece en una familia asediada por el alcoholismo paterno y sostenida, a duras penas, por una madre que aprieta los dientes para seguir adelante. Es, precisamente, la relación con estas figuras lo que impulsa una historia que explora cómo el contexto familiar configura el yo adulto, y cómo la memoria puede convertirse en una herramienta para ajustar cuentas con el pasado o, al menos, adquirir conciencia de quiénes somos y por qué.

Así, *Madonna no nació en Wisconsin* no es una novela sentimental, aunque hable mucho de sentimientos y el amor —o su ausencia— la atraviese por completo. Tampoco es una novela de crecimiento en sí misma, aunque el paso de la infancia a la adolescencia con lo que ello conlleva sea un elemento importante. Es una obra sobre memoria y reinención, de querer seguir viviendo aunque la vida pese.

A. L.

